



Huáscar Taborga Torrico:

Juegos del Ángel Loco

Huáscar Taborga Torrico. Cochabamba - 1930. Ha escrito entre otras "Janamsy", "La casa de los cinco patios", "Navegantes de Sueños" y "Juegos del Ángel Loco" editado por "Los Amigos del Libro" y de la que publicamos el Capítulo III.

Doña Delicia

Desde ese tres de abril en que inició sus actividades "El Refugio de Venus", doña Delicia Jordán tuvo la sensación de reencontrarse al cauce de su vida.

Esa tarde sacó del estuche el telescopio, herencia del padre, limpió los lentes con un pedazo de gamuza, aceitó la horquilla y montó cuidadosamente el trípode en la terraza de su casa. Todas estas maniobras las realizó con pulcritud y esmero. Cada movimiento trasuntaba la tensión de su ensimismamiento, que se advertía en su entrecejo fruncido, en su boca apretada y el fulgor maligno de sus ojos felinos.

Finalmente, con ademán de artillero, apuntó y enfocó con el lente la avenida bordeada de pinos y de sauces llorones que conducía al motel "El refugio de Venus". Sonrió maliciosa al reconocer el modelo del auto que entraba, y exclamó "es la tercera vez en esta semana, que viene el Lolo Quiroga".

El telescopio, desde hacía siete años, era sacado todas las noches para escrutar el cielo estrellado y con mayor celo desde aquella infausta noche en que murió el marido, don Hipólito en circunstancias oprobiosas, cuando comolía uno de sus innumerables "encarnamientos". El libertino murió de infarto múltiple en un sobresalto en el que desbocó su lascivia, al contemplar los encantos palpitantes de Ninón, la bella hetaira de "La Perla Azul", que no le dio sosiego, atrincherada en la cama con dosel, reiquila, según la administradora, que había pertenecido a Juana Sánchez, hermosa garrida de entrocacedoras destrezas, que tuvo trasladado al General Mariano Melgarejo, al extremo de que se la llevó a vivir al Palacio Quemado.

Una vez anunciada la Meche, dueña principal y eficiente administradora de la casa de lenocinio, de que don Hipólito había fallecido, hizo llamar con urgencia y sigilo a don César, hermano mayor del difunto, que de vez en cuando usaba los servicios de Dorotea, negra cuarterona ya vieja, pero que aún conservaba su voz lujuriosa y sus andares de diosa.

La Meche y don César entraron de acuerdo para sacar con el máximo secreto al difunto. La primera, tenía como razón mantener el prestigio bien ganado de la casa de tolerancia y que no surgiera el infundio de que "La Perla Azul" era "kencha", es decir de mal agüero, porque en ella fallecían los clientes, ya para evitar el comentario calumnioso de que la Ninón y las otras muchachas realizaban ciertas manipulaciones secretas en el momento supremo, que podían hacer estallar el corazón de los parroquianos. Por su parte, don César acogió la sugerencia, para evitar el escándalo, las indagaciones policiales y los comentarios chuscos sobre el hermano del difunto, que además, podían manchar su ilustre apellido tan antiguo como la ciudad de Cochabamba, en cuyo árbol genealógico figuraba uno de los héroes de la Independencia.

De este modo, el cadáver fue primero sentado en un sillón y sólidamente amarrado para que no cayera el cuerpo, cubierto por una sábana de color morado, bajado del altillo del prostíbulo y trasladado a su domicilio, fingiendo ser San Pascual, protector de las meretrices, la Meche poseía la imagen en bulto del santo en un cuartito a lado de la suite real y cuando le venían ataques de "misticismo", como ella llamaba, se encerraba con el santo y le

rozaba fervorosamente. San Pascual, aseguraba la Meche, preservaba a sus pupilas de los iras malos clásicos en una casa de jolgorio: las enfermedades venusinas, los malos tratos de los clientes y el embarazo. Las prostitutas depositaban regularmente sus limosnas en el capullo del patrono, porque tenían el convencimiento de que al santo, con seguridad, las prologaría y por cierto interés, acrecentaría sus ganancias. La Meche, con las limosnas sostenía la manutención de varias niñas nacidas en el prostíbulo.

José Flor, presumía en la ciudad de ser especialista en árboles genealógicos y blasones, pero sólo era un sablista heráldico. Cólbo de vocación, amaranó en sus modales, hablaba con la ortografía diferenciando la "z", la "c" y la "s" y con sonesoneto madrileño como si ayer hubiese llegado de España. Rondaba a las familias ricas de la ciudad y ofrecía elaborar el árbol genealógico en el que buscaba la línea ascendente más "venturosa" para descubrir o inventar algún noble español. Puso a que en las demás líneas abundaran Indios, mestizos o mulatos. La línea "venturosa" explotaba como vota de plata y obtenía de la familia apoyo financiero para ospular en el Archivo de Indias, en el de Simancas y en otros archivos reales de España, tanto el blason como la noble progenie. De este modo, con el favor de familias acaudaladas, José Flor, por lo menos, viajaba a España una vez al año. Pero, como no eran muchas las familias adineradas que deseaban ostentar título de nobleza, en los últimos años se agolraron las velas de plata de su Patosí, entonces por paradójico que parezca, el sablista heráldico buscó a la Meche, de "la Perla Azul", y la convenció de la urgencia de averiguar en el Archivo del Vaticano un asunto meolludo: cuál el verdadero santo patrono de las meretrices, San Pascual I Papa, o San Pascual III llamado el Antipapa, porque un error podía ser gravemente perjudicial para la salud y el lucrativo ejercicio profesional de "las calumnias". José Flor se comprometió, adomás, de paso por España escudriñar el árbol genealógico de la Meche.

A su retorno del viaje el sablista heráldico le dio la feliz noticia de que el patrono de las meretrices era Pascual III, que tuvo vida disoluta, pero que el igual que San Agustín, se dedicó en su ancianidad al recogimiento y a la penitencia, y que peso a ser llamado el Antipapa, era muy milagroso. En cuanto al árbol genealógico de la Meche, exclamó: ¡Oh albricias, descendientes del marqués De González y Zuñiga! Le entregó la copia de su blason heráldico en el que destacaban dos torres en campo gules y en el centro o corazón del escudo, una flor de amor. La Meche colgó una copia de su blason sobre la cabecera de su cama, como emblema para ganar sus batallas eróticas cuerpo a cuerpo, y mandó fabricar un anillo de oro con la misma alegoría.

Pero volviendo a la penosa historia de don Hipólito, de modo deplorable a las tres de la mañana su cadáver fue trasladado, totalmente cubierto por una sábana morada que usaba la Meche con algunos clientes excéntricos, proclives de mezclar la lujuria con la boatería. La procesión fúnebre estaba envuelta en una atmósfera surrealista: en primer término su hermano César, pálido y solemne, y a continuación siete prostitutas pintarrajadas llorosas. Era tiempo de cuarentas y todas las imágenes de santos en bulto eran cubiertas con paños morados, en señal de duelo, y era frecuente en esa época que se realizaran procesiones nocturnas. Por esta razón los pocos transeuntes peatonos no descubrieron el sentido trágico del cortejo.

Doña Delicia Jordán durante las Innumerables calaveradas del marido, desarrolló una extraña teoría sobre la influencia de las fases lunares en la conducta libidinosa de los hombres. Sobre el particular sentenciaba ella: "Son seres inminentemente predestinados al libertinaje" Con rigor estadístico llevó el registro de las aventuras del marido, gracias a una red de espías o informantes que ella pagaba y que perseguían a don Hipólito a todas horas. Casi todas las noches doña Delicia desde su terraza contemplaba las fases lunares y anotaba en una libreta sus observaciones. En la misma hoja registraba, gracias a los informantes y chismosos, con melicucoso detalle, las correrías e infidelidades de don Hipólito. De la relación empírica de ambos fenómenos y de sus conclusiones, tenía escritos tres voluminosos cuadernos.

No se sabe si la muerte de don Hipólito, que dilapidó dos extensas haciendas en el libertinaje, o la inclinación a la especulación pseudo científica de doña Delicia, heredada del padre que fue astrónomo autodidacta, hicieron que se comentara la extravagante teoría del determinismo celeste en la conducta lujuriosa del hombre. Lo evidente fue que ella introdujo otros factores estelares concurrentes, como los solsticios y equinoccios, los eclipses, la posición de las constelaciones del Centauro, de la Osa Mayor y de Hércules, y de otros fenómenos obtenidos del Almanaque Bristol. En los últimos años complicó aún más su teoría con los signos astrales del hombre en conjunción con las hembras concupiscentes.

Esta manía de doña Delicia, en los últimos meses, lejos de amenguarse se acrecentó de manera alarmante, especialmente con la inauguración del motel "El Refugio de Venus". Ella consideraba que el motel era un extraordinario laboratorio para la observación casística de las infidelidades de los hombres, y que serviría para corroborar su teoría, y para alertar a sus amigas que en su mayoría sufrían de menopausia y de dolores de cuernos.

Las ricas tradiciones y leyendas que hacen del patrimonio regional, fueron descritas con total acierto, por un Innato Investigador de las cosas nostras, escudriñando apasionadamente el alma del pueblo.

El legado que nos dejó don Alberto Guerra Gutiérrez, es, por tanto, de gran valor, porque ahora, después de su alojamiento de su cuerpo material, se convirtió en obligada lectura para comprender qué es, de dónde viene y cómo se forma el hombre boliviano.

Si bien es de trascendencia internacional la obra de Guerra Gutiérrez, encontramos en que la poesía de este polifacético intelectual descolla su interpretación de la vida boliviana, del sufrimiento que soporta el trabajador minero, en cuyas espaldas lleva gran parte del sostén económico, social y político del sufrido pueblo trabajador.

Encontramos voces de bronca contonida: clamor que deriva de la impotencia de vencer barreras de angustia porque está somolido, el minero, a trabajar en condiciones Infrahumanas y tiene que hacerlo en esas condiciones, porque no llene perspectiva mejor.

Y arrastra, el minero, su miseria, por los caminos del sufrimiento, caminos que se entrecruzan con su prole que llora de hambre.

Y el poeta pone en boca del minero: hijo no me pidas pan, porque si me pides pan, el cucu va a venir.

La poesía de protesta de Alberto Guerra Gutiérrez refleja en sus versos no sólo el sufrimiento de los mineros, pero es paradigmático para comprender cómo Bolivia, cómo el pueblo ha sufrido y sigue este camino de contradicciones, mientras otros viven en la opulencia.

Es la poesía de Alberto Guerra Gutiérrez que descorre la cortina y nos señala con el dedo increpador: "Duele el que ya no se ponga por ser peidño de los que están arriba. Duele Terovinto y Ucuñaña, duele el labriego que no conoce la semilla, duele el obrero, duele el pueblo que es el yunque de todas las mentiras..."

Alberto Guerra Gutiérrez ya no está con nosotros. Se apagó la brillante luz que nos hizo ver el camino, desandando el mismo, para encontrarnos, poesía mediante, con la realidad de sufrimiento que pervive pese a todo.

Sólo los predestinados lograr ver con claridad, una luz al final del túnel y es adonde llegan, como metas trazadas para continuar con otros tramos, dejando en su paso, buena semilla que rinde frutos.

Y cuando las etapas se suceden, se echa la mirada atrás y allí está, con gran satisfacción, la simiente que da hermosos frutos.

Se ha sembrado el camino, pero la tarea de sembrar continúa, incansable, fructífero, efectivo, es el camino que con su obra recorre Alberto Guerra Gutiérrez. Una senda a veces pedregosa, otras peligrosa.

Pedregosa por los obstáculos encontrados en un mundo donde los gobernantes de hoy y de antes, no entienden la valía del puro sentimiento del pueblo, no les interesa exaltar la cultura de los pueblos y lo dan la espalda al sufrimiento de los niños mineros, de la mujer campesina, del empobrecido obrero. Peligroso porque Alberto Guerra, es, el reflejo del pueblo mismo que traduce en sus sentidos poemas, escritos con realismo, sin tapujos, de frente, sin sofisticados modismos europeos, sin solismas, con crudeza, desnudando el drama boliviano desvelándose junto con los niños que no llenen el mandrugo de pan que llevarse a la boca.

"Duérmeme mi niño / -poqueño minero- / duérmeme y no llores / que el "fo" se enoja / cuando pidas pan".

Luego dice como graficando la impotencia del pobre que no llene dinero para siquiera comprar pan:

"Duérmeme mi niño / deja de llorar / el hambre es un coco / que te puede llevar.

No despiertes hijo / mejor es soñar... / Cuando llegue el pago / te haré despertar".

Don Alberto Guerra criticó con valentía en su poesía de protesta:

